Revista

de

Ciencias Económicas

Publicación mensual del Centro estudiantes de ciencias económicas

Director:

Mario V. Ponisio

Administrador:

Eduardo S. Azaretto

Secretario de redacción:

Redactores:

**Italo Luis Grassi - Mauricio E. Greffier - Luis Marforio - Rómulo Bogliolo
José H. Porto - Jacobo Waisman - Juan F. Etcheverry**

Año V

Abril, mayo y junio de 1917

Núms. 46 - 47 - 48

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

CHARCAS 1835

BUENOS AIRES

Ideas y comentarios

La cooperación libre en el país

La creciente elevación cultural de la clase obrera de nuestro país se ha reflejado en la formación de instituciones cooperativas que contribuyen al mejoramiento de su situación económica.

La comprensión más o menos exacta de los factores que originan el desequilibrio constante entre las necesidades y los medios de satisfacerlas, ha fijado un lugar preponderante en la lucha por la emancipación económica del pueblo, a la cooperación, que se basa en el aprovechamiento solidario de todas las energías disponibles.

Sin embargo, para muchos resulta difícil aceptar la supresión del intermediario tanto en la producción como en los consumos y el crédito, y admitir la substitución de la competencia por la solidaridad, en la que cada individuo es una potencia que no excluye a otro sino que lo complementa; ello se debe a que todavía no han comprendido que las teorías económicas evolucionan continuamente a tal punto que, después de la guerra, asistiremos a muchas reformas sociales que los economistas ortodoxos, no se imaginan. Así, por ejemplo, la organización económica futura perderá su carácter individualista, conciliando las necesidades económicas del estado con las necesidades propias del material humano que, en definitiva, es el más importante factor de progreso. Los principios cooperativos hallarán entonces vasto campo de acción, brindando al mundo una filosofía social capaz de conducirnos hacia una sociedad más justa y más igual.

Entre nosotros, a pesar de la indiferencia con que se la mira, la cooperación libre se afirma cada vez más, siguiendo las enseñanzas de otros países donde la población, sin distinción de color político o religioso, sostiene fuertes sociedades cooperativas que, aun en pleno desastre guerrero, han progresado enormemente, reportando cuantiosos beneficios a la economía doméstica obrera. Los siguientes datos tomados de la revista *La cooperación libre* demuestran el estado de la cooperación en el país:

LOCALIDAD	NOMBRE	SOCIOS	RAMO	VENTAS MEN- SUALES
Capital Federal	El hogar obrero.....	3555	Sección consumos	34.000
Talleres.....	La internacional.....	359	Almacén	10 000
Avellaneda.....	La obrera.....	110	»	1.600
Punta Alta.....	La obrera económica...	No se conoce número de socios	»	1.600
La Plata.....	La proveedora platense.		»	1.200
Caseros.....	La economía.....		»	850
Rawson.....	La emancipación.....		»	800
Lanús.....	La previsora.....		»	600
Junín.....	Obrera de consumo.....	545	»	1.500
Pigüe.....	La alianza.....	91	Agrícola	30.000
Victoria.....	La victoria.....	550	Panadería	6.000
Bahía Blanca...	Obrera económica.....	74	Almacén	2.000
Ingeniero White.	Sociedad de consumos..	125	»	5.000

Funcionan, además, cooperativas similares a las que hemos citado en Los Toldos, Uriburu, Olavarría, Carlos Casares, Córdoba, Rosario, Wilde y otros puntos del interior.

Lejos estamos aún de alcanzar el grado de desarrollo de las cooperativas europeas, tan importantes y tan útiles. Nuestro ambiente es un tanto reacto a la introducción de nuevas costumbres y modalidades, nacidas de la mayor capacitación para encarar las cuestiones que suscita un reparto desigual de la riqueza. Puede afirmarse, en general, que la solución esperada por los cooperativistas para remediar el estado actual de cosas no es tan descabellada, puesto que tiene defensores de todas las escuelas, entre los que podemos citar a John Stuart Mill, quien, en su libro *Political Economy*, dice que "la forma de asociación que debemos esperar, si la humanidad continúa progresando, no es aquella que puede existir entre un capitalista como jefe y los trabajadores sin poder intervenir en la dirección de la empresa, sino que será una asociación sobre la base de la igualdad entre todos los trabajadores, quienes poseen colectivamente el capital necesario y trabajan bajo la dependencia de jefes por ellos elegidos y por ellos removibles". — R. B.

La Argentina y la guerra

La situación en que quedará la América y especialmente la república Argentina, después de la guerra europea, ha sido materia de interesantes estudios de carácter político, militar y económico.

No vamos a analizar el problema desde los dos primeros puntos de vista, análisis que, por otra parte, ha hecho con admirable precisión, en el número anterior de esta revista, el ilustrado internacionalista brasileño Dr. Sá Vianna. Hemos de concretarnos, entonces, a examinar las ventajas o desventajas económicas que, una vez concluida la guerra, pueda experimentar la Argentina.

El diputado Zaccagnini citaba en un discurso del pasado año parlamentario, la opinión del señor Italo Luis Grassi, expresada en es-

tas páginas (1) en el sentido de que "los países de Sud América deben desechar toda esperanza de que una vez concluída la guerra europea, se restablezcan las corrientes inmigratorias hacia el nuevo continente".

En ese artículo se hacía una serie de consideraciones tendientes a comprobar tal aserto, con el cual nos permitimos disentir parcialmente, porque entendemos que si se suspende la inmigración de hombres, aumentará en cambio la inmigración de capitales, obedeciendo a las razones que expondremos a continuación.

Disminuídas las masas trabajadoras, en millones de vidas, los estadistas europeos pondrán todo su empeño para asegurarse el concurso del mayor número de compatriotas en la gran obra de reconstrucción, adoptando las medidas necesarias para evitar la emigración y favorecer en todo lo posible la inmigración.

En virtud de la menor oferta de brazos y de su mayor demanda, subirán los salarios y crecerá también el costo de la vida, aumento este último que obedece, como es notorio, a una progresión mucho más rápida que la correspondiente al alza en los precios de la fuerza de trabajo.

Este aumento en el costo de la vida derivará de numerosas causas tales como el estancamiento de la producción y su desaparición completa en las regiones ocupadas por el enemigo, donde las fábricas o han sido arrasadas por completo, o han sido despojadas de sus directores, maquinarias y modelos; el aumento en los precios de la materia prima y combustible; el crecimiento de los mismos salarios; la elevación desmesurada de los impuestos o gabelas; etc.

Alrededor de este último punto gira toda la reorganización europea. Supuesto que los estados beligerantes hagan honor a sus compromisos financieros de guerra, — empréstitos, indemnizaciones, pensiones militares, etc. — deberán imponer nuevos tributos o, siguiendo las máximas clásicas en finanzas, aumentar considerablemente los existentes.

Ahora bien, el ordenamiento de las finanzas europeas reposa sobre la siguiente base:

- a) Explotaciones del dominio privado del estado;
- b) impuestos directos;
- c) impuestos indirectos;
- d) tasas.

Tanto en lo que atañe a las industrias oficiales, que deberán soportar los mismos inconvenientes que las empresas particulares, como en lo que respecta a las tasas o pago de servicios prestados por el estado, los gobiernos deberán considerar su producido con suma mesura, desde que en el primer caso podría disminuir el volumen de los negocios oficiales, y en el segundo, un aumento en las tasas, las de correos, por ejemplo, las convertiría en prohibitivas.

(1) "Revista de ciencias económicas", números 33 y 34, páginas 222 a 240.

En cuanto a los impuestos indirectos son ellos ya tan elevados en el viejo continente que el solo anuncio de un proyecto de elevación provocaría un movimiento general de protesta, pues, si bien es cierto que los salarios serán más altos, el incremento que ellos experimenten apenas compensará el mayor costo de la vida, derivados, como se ha dicho, de factores extraños casi por completo al régimen impositivo. Admitiendo que se consiga elevar los impuestos indirectos, la vida se hará imposible para las clases más necesitadas de la sociedad y la situación será peor aún que antes de la iniciación de la guerra, dando por resultado inmediato una emigración en masa, cosa que, como hemos visto, no es el anhelo de los gobernantes europeos.

Cerradas todas las puertas, la tabla de salvación habrá de buscarse en los impuestos directos y será menester que el legislador encuentre una forma apropiada de imposición, que no permita al contribuyente trasladar su cuota, es decir, que lo obligue a cargar con todo el peso del tributo, pues de lo contrario se produciría el mismo fenómeno que hemos enunciado en el párrafo anterior; adquirirán, quizás, inesperada boga los impuestos al mayor valor, a la renta, etc.

Acosados los capitalistas harán emigrar sus capitales y esconderán sus rentas; podremos así obtener que los directorios de las empresas extranjeras radicadas en nuestro país no tengan por sede a Londres o Bruselas, sino a Buenos Aires, ni que los accionistas argentinos se vean forzados a regalar — como ha observado muy atinadamente el doctor Juan B. Justo — una parte de sus ganancias a los gobiernos extranjeros que ningún servicio les prestan.

Resumiendo, concluida la guerra europea, la República Argentina se beneficiará: o bien con la inmigración de hombres o bien con la inmigración de capitales, siempre que la guerra, esa larga serie de violaciones y de crímenes de lesa humanidad, que la imbecilidad humana ha tolerado, alabado, dignificado y premiado, no se vea coronada por un acontecimiento sumamente sencillo y que era, hasta hace poco tiempo, de uso corriente en las repúblicas americanas: la bancarrota financiera. — *M. V. P.*

El Dr. Rómulo S. Naón ha tenido la deferencia de dirigirnos la siguiente carta, a propósito de un estudio que hemos publicado en la *Revista Argentina de Ciencias Políticas* (septiembre de 1916), bajo el título: "Sobre la necesidad de organizar un poder militar continental y la posibilidad de realizar esta organización sin desviar la evolución de los pueblos americanos de su orientación pacífica":

"He tenido el gusto de recibir su atta. carta del 4 de octubre ppdo., así como el ejemplar de la *Revista Argentina de Ciencias Políticas* y otro de la "Revista de ciencias económicas" y me ha sido grato leer los muy interesantes estudios que Vd. dedica a la situación del Paraguay dentro de nuestra política internacional y a la idea de constituir un poder militar continental".

"Desde luego las versiones publicadas atribuyéndome interés por

la posibilidad de constituir un poder militar continental carecen del más ligero fundamento. No solamente no he sostenido la idea, sino que ni siquiera merece ella mis preferencias”.

“El folleto que me complazco en acompañarle le dará a Vd. una impresión de mi pensamiento a este respecto, y estoy seguro que Vd. lo encontrará de acuerdo con las ideas que Vd. sostiene en la *Revisita Argentina de Ciencias Políticas*”.

Cúmplenos hacer constar el desmentido, que hace el Dr. Naón, de las versiones periodísticas que le atribuían gestiones tendientes a la constitución de un poder militar continental. Los lectores de nuestro trabajo recordarán, probablemente, que habíamos hecho notar que algunas de las versiones publicadas por la prensa norteamericana eran inadmisibles y que nos hemos referido a las demás con cierta reserva. En realidad, habríamos considerado estas últimas versiones como verdades un tanto convencionales antes que como una definición exacta de hechos positivos. No sólo no podían ser rechazadas “a priori” como las primeras, sino que era razonable, aceptarlas *sous bénéfice d'inventaire*, puesto que coincidían con las posibilidades que podían definirse en la situación política del momento.

Ahora que el Dr. Naón deja establecido que no ha realizado las gestiones que se le atribuyeron, y que el fin al que hubieran tendido, no coincide con sus ideas personales, consideraremos que la idea de organizar un poder militar continental ha sido la definición de una posibilidad que ha interesado a una parte más o menos considerable de la opinión de los Estados Unidos y de la de otras repúblicas americanas, pero que *talvez* no haya salido del terreno de las posibilidades teóricas, para entrar en el de las posibilidades prácticas. No podríamos dar a la segunda parte de esta definición una forma categórica, pues no sabemos positivamente si otros representantes latinoamericanos en Washington o algunos gobiernos latinoamericanos, han realizado o no gestiones confidenciales tendientes a ese fin.

Del folleto al que hace referencia el Dr. Naón—que contiene un discurso pronunciado en el instituto Carnegie de Pittsburg, en abril de 1915—extractaremos el siguiente párrafo, que define con exactitud la actitud que los pueblos americanos debían mantener ante los beligerantes europeos—en razón del sentido de su evolución política y sociológica, de las intensas vinculaciones que tenían con la generalidad de aquellos pueblos, y de sus intereses económicos—*mientras los actos de los beligerantes no afectasen directa y sensiblemente sus intereses nacionales*:

“Nuestro continente ha recogido los fundamentos de su propia civilización de los países que se desangran en aquella guerra: el buen juicio político de Inglaterra fué siempre una inspiración y un ejemplo para nosotros; las grandes conquistas de la actividad y de la ciencia alemanas han cooperado a nuestro bienestar y a nuestro progreso; y las nobles y geniales elucubraciones de la Francia, en el campo de la filosofía y del arte, han constituido y constituyen hoy para las naciones de América, el más alto modelo de sus actividades mentales. Bien podría decirse que todas las energías morales y materiales de esos

pueblos se han combinado para producir esta maravillosa transformación social que se llama la civilización americana, transformación que se siente conmovida en sus elementos más vitales por la consternación social y por el desequilibrio económico que ha provocado el doloroso resentimiento de las grandes nacionalidades europeas. Y esa consternación, señores, es bien justificada, porque al lado de las vinculaciones morales están las vinculaciones de la sangre que han hecho de la Europa y de la América continentes hermanos consagrados a las actividades de una raza común, con ideales fundamentalmente idénticos, e interesados reciprocamente en el mantenimiento de las energías necesarias para la más completa realización de los destinos del mundo”.

“Ved, ahí, señores, como estamos obligados a mirar con simpatía a los pueblos comprometidos en la guerra actual; como estamos compelidos a considerar con tolerancia los motivos determinantes del conflicto. No se justificaría en este momento, dentro del concepto práctico que dirige a los pueblos, ni una protesta airada, ni una crítica filosófica o sentimental contra la presente generación de aquellos países que, heredera de sistemas políticos o de instituciones o de organizaciones que evolucionan lentamente, o de prejuicios o de pasiones más o menos explicables, han tenido que afrontar las responsabilidades de esta crisis dolorosa en la que la mitad del mundo se destruye frente a la otra mitad paralizada de sorpresa y de dolor”.

“Ante la enorme catástrofe, la actitud de la América ha de ser de expectativa y de reconstrucción si es que, como yo creo, hay todavía motivos para confiar en que el concepto de la solidaridad humana es realmente la última finalidad de la evolución social”.

Reproduciremos a continuación otro párrafo sumamente interesante del discurso del Dr. Naón; debemos dejar establecido desde ya que, si bien coincidimos en general con el concepto que encierra, permanecemos un tanto escépticos ante algunas de las ideas expresadas. Desde el punto de vista de la filosofía científica, no podemos aceptar el concepto de un derecho inmutable, sino el de un derecho deducido de la realidad positiva que evoluciona siguiendo las transformaciones de ésta. Por otra parte, consideramos que los hechos que se han venido desarrollando durante esta guerra, han demostrado definitivamente que toda afirmación de derecho que esté en contradicción con las condiciones positivas—vale decir con los intereses primordiales de las sociedades—carece totalmente de eficacia. No implica este concepto la afirmación de la supremacía de la fuerza sobre el derecho, como podría creerse, sino la afirmación de la necesidad de buscar el equilibrio de los distintos intereses por su coordinación, por compensaciones y por un análisis profundo de la realidad positiva que lleve a percibir aspectos de los hechos y relaciones entre ellos desconocidos antes. Se tendría en estos nuevos aspectos y relaciones todos los elementos necesarios para establecer el equilibrio en los casos y las situaciones en los que percibimos actualmente una oposición irreductible de intereses. El derecho positivo y estrictamente científico que se establecería así, es a nuestro modo de ver, el único que puede primar sobre la fuerza.

He aquí el párrafo del discurso del Dr. Naón:

“Hay que aclarar en todos los espíritus la noción de la conveniencia práctica que existe para todos los países de América en una política de solidaridad continental que, fundada sobre la base de instituciones comunes, permita trabajar los destinos respectivos sin la intranquilidad que produce la existencia de intereses antagónicos. obligados a luchar por un predominio que, a la larga o a la corta, determina el empleo de la fuerza. Es necesario que nos compenetrems todos de la existencia de una aspiración continental que sólo puede ser cumplida por el esfuerzo de cada nacionalidad en el pleno ejercicio de su soberanía política indiscutida e indiscutible, aplicado espontánea y totalmente a la realización de la tarea común. El progreso que el tiempo y la educación produzcan en las ideas sociales y políticas o en el ejercicio de nuestras vidas republicanas, perfeccionará poco a poco la obra y acentuará la eficacia de la acción conjunta. Es necesario llevar al convencimiento de las masas panamericanas el concepto de que la soberanía nacional de cada país está substraída a la interpretación de los demás, y que su ejercicio sólo está controlado por las responsabilidades constitucionales o por las que ha establecido entre los pueblos civilizados el derecho de gentes. Es necesario por fin que en el concierto de las capacidades diversas, como en el de los éxitos conquistados que ofrece el continente, se aprecie como un triunfo común la culminación de los grandes, se fomente como una capacidad común la capacidad de los ricos, se estimule como una calidad común la fecunda actividad de los industriosos, y se consideren y se respeten y se valoren las energías morales y mentales de todos. En una palabra, señores, es necesario procurar la normalidad patológica, reduciendo las consecuencias de la hipertrofia de la personalidad nacional de que pueden adolecer los unos, y removiendo en los otros el sentimiento de desconfianza y de molestia que pudieran producir en sus espíritus, las manifestaciones indiscretas de un egotismo que no coincide con el vigor común ni con la comodidad común”. — *E. J. J. B.*